

**NOTICIAS DE CULTOS AL TELENO EN LA PREHISTORIA:
LOS COMPLEJOS RELIGIOSOS MEGALÍTICOS DE
MARAGATOS (LEÓN)**

Antonio GARCÍA MONTES

IES Río Órbigo

RESUMEN

La enigmática tierra de Maragatos aún nos tenía reservada una gran sorpresa: el hallazgo de restos megalíticos, que podemos situar entre el Neolítico y la Edad del Hierro en las proximidades del monte Teleno, ha abierto una línea de investigación que abarca estudios arqueológicos y etnográficos, ya que podríamos estar ante los vestigios del primer gran santuario rupestre con el referente claro de la montaña sagrada leonesa.

Palabras clave: Maragatos, Teleno, petroglifos, santuario rupestre, religión, megalitos.

ABSTRACT

The enigmatic region of Maragatos, in León (Spain), is still full of surprises: the last of them is the finding of some prehistoric vestiges near mount Teleno, which should be studied by many sciences including archaeology and ethnology since we probably are in presence of the first rupestrian sanctuary dedicated to the sacred mountain.

Keywords: Maragatos, Teleno, rupestrian sanctuary, prehistoric religión, megaliths.

ARTÍCULO

1. LOS HECHOS

Es conocido desde la antigüedad el carácter sagrado del monte Teleno, pero hasta ahora no había constancia de lugares de culto anteriores a la época romana. Sin embargo, recientes descubrimientos podrían hacer pensar en la existencia de un gran complejo megalítico prehistórico cuya importancia está por determinar, aunque las hipótesis barajadas llevan a pensar en destacados lugares de culto a Teleno en los que se realizarían ceremonias relacionadas con ritos cósmicos, estacionales, funerarios, ofrendas a los dioses... similares a las de otros santuarios prehistóricos conocidos.

En un paraje denominado Canredondo, próximo al pueblo de Lucillo, se encuentran dos petroglifos de forma poligonal. Estas grandes piedras presentan en su cara superior diversos motivos grabados de tipo geométrico y figurativo, que sólo se perciben con claridad cuando la luz del sol incide oblicuamente sobre ellos:

- Una de ellas, orientada hacia el amanecer, mide aproximadamente 2,15 metros de largo, 2 metros de ancho y 0,80 metros de grosor; en su cara superior muestra más de 70 cazoletas entremezcladas con círculos concéntricos, laberintos, espirales, canales, elementos cruciformes y lo que parece ser la representación de un ojo o, más probablemente, una vulva, junto a otra de un posible falo de menor tamaño.
- La otra, algo más pequeña, está inclinada hacia el ocaso y sólo tiene dos cazoletas poco profundas, tres grandes laberintos y otros dibujos menos marcados. Presenta en el extremo más ancho un reborde de unos 30 centímetros de alto que lleva a pensar que la roca fue trabajada para alisar su cara superior antes de realizar los grabados.

Pero estos no son los únicos petroglifos existentes en la zona: en pueblos cercanos pueden verse algunas piedras planas con las mismas

características de las anteriormente mencionadas, y con multitud de cazoletas, parcialmente cubiertas por musgo, losas... ya que forman parte de fuentes erigidas a mediados del siglo XIX. Según los habitantes del lugar, estas grandes rocas con cazoletas proceden también de Canredondo. Algunas de ellas han sido manipuladas recientemente para eliminar impurezas -además de la pátina- con el objeto de poder ver y fotografiar mejor los grabados.

En Canredondo, a unos 200 metros en dirección Norte de las primeras piedras descritas, existe una suerte de “construcción” megalítica de planta alargada de aproximadamente 30 metros de largo y 8 metros de alto con orientación Noroeste-Sureste, es decir, de cara al monte Teleno. Este monumento, que se conoce en el lugar como “La Peñona” o “La Piñona”, está formado por enormes piedras colocadas unas sobre otras y que han sido trabajadas no sólo en su forma: algunos megalitos presentan orificios alargados y alineados de varios centímetros de profundidad, perfectamente pulidos y con líquenes; incluso una de las grandes piedras, conocida como “La Albarda”, ha sido vaciada en su interior.

Todas estas rocas labradas presentan unas características diferentes de las de la peña del lugar, que es una cuarcita de origen metamórfico que se exfolia en lajas: tanto los petroglifos como las piedras de la construcción megalítica y otras rocas diseminadas por todo el entorno son de una variedad de cuarcita/arenisca muy compacta que en la zona denominan *moraliza*; y no afloran en el terreno, sino que están dispuestas sobre él.

En la base de la Piñona se pueden ver tres piedras, una de ellas de considerable tamaño que, según testimonios de habitantes de la zona, hasta hace no mucho tiempo estaba “colocada sobre las otras dos, como una mesa”, con su cara superior perfectamente lisa y horizontal; esta construcción a modo de dolmen fue rota y volcada en recientes labores de repoblación forestal.

Siguiendo el eje longitudinal del conjunto megalítico hacia ambos lados, se ven canales practicados en los afloramientos de roca, que, al menos en el lado Oeste, convergen y desembocan en “estanques” labrados en la peña, uno de ellos de cuatro metros de

longitud. El fondo de este “aljibe” presenta marcas de un rebaje artificial cuidadosamente realizado para alisar la superficie. En esta zona también se pueden ver, mezclados con restos de modernas labores de cantería, orificios alargados practicados en la peña, similares a los anteriormente descritos.

Por detrás del conjunto megalítico, a unos 50 metros, se observan los restos de un muro de piedras colocadas sin mampostería, que en algunas zonas supera el medio metro de altura y que describe una semicircunferencia, débilmente perfilada, con una orientación Noroeste-Sureste, abierta hacia el monte Teleno. Siguiendo los extremos de esta semicircunferencia se pueden ver cortes longitudinales en la roca que aflora en el suelo; estas hendiduras artificiales, a modo de canales, forman una línea recta discontinua que finaliza en la zona donde se encuentran los petroglifos. Todo el complejo (conjunto megalítico, canales, piletas, petroglifos) formaría una especie de “recinto” de forma rectangular, de unos 250 metros de largo y 100 metros de ancho, orientado hacia el Teleno. La Piñona está situada en el centro del diámetro de la semicircunferencia, mientras que los petroglifos se localizan en el extremo sur del “recinto”. Los naturales de la zona ubican en este lugar algunas construcciones circulares, cuyas piedras fueron utilizadas a mediados del siglo XX para el cerramiento de fincas cercanas.

Al norte del “recinto”, entre los robles, se encuentra otra gran piedra *moraliza* redondeada, de aproximadamente 1,5 metros de diámetro, con su superficie rebajada, que presenta marcas circulares semiocultas por la presencia de líquenes y musgo; y en dirección Este, algo alejadas de la Piñona, aparecen en varios lugares piedras moralizas alineadas, así como otras que dibujan círculos y que actualmente son empleadas por el ejército o cazadores como lugares de observación.

A unos 1.000 metros de este lugar, hacia el Este, encontramos otros testimonios megalíticos: en la zona conocida como “Cuadras de Valquimao” o “Valquemado”, hay otras grandes incisiones practicadas en la peña; y unos 700 metros más hacia el Este, en el lugar donde cuentan que hubo un antiguo cementerio, se observan al

menos dos grandes rocas *moralizas* con incisiones similares a las que se ven en las rocas de la Piñona y sus alrededores. Uno de estos megalitos, que presenta en su parte inferior cuatro orificios, está orientado hacia el Este, mirando al valle de “Las Bouzas”, y asentado sobre una terraza artificial. En algunas rocas de esta zona también se observan cazoletas.

Aproximadamente a 8 km. al Norte de Canredondo, entre las localidades de Turienzo de los Caballeros y Andiñuela, nos encontramos con otros petroglifos, probablemente de la misma época. Se trata de un afloramiento rocoso que no se conserva en su totalidad, ya que ha sido parcialmente destruido por el trazado de un cortafuegos. Los restos que se pueden ver son dos crestas de cuarcita blanda que presentan numerosas cazoletas de cierta profundidad, algunas de las cuales (las de mayor tamaño) están comunicadas entre sí por pequeños canales que permitirían la circulación de líquidos entre ellas. A lo largo del tiempo y en especial en los últimos 50 años, los pastores, según testimonio propio, han ido grabando en estas rocas sus nombres y algunos dibujos cruciformes que pueden ser confundidos con figuras humanas. Está por determinar la relación, si existe, entre los petroglifos de Canredondo y los del valle del Turienzo, así como su vinculación a un único núcleo de población.

Asimismo, aunque merece un estudio aparte, hay que comentar la existencia de piedras con grabados fuera de este contexto: entre otras, en el cercano castro de Sanamede (rodeado de una muralla que ha sido parcialmente destruida en recientes labores de cortafuegos y de instalación de aerogeneradores) aún se pueden observar cazoletas en afloramientos de peña orientados hacia el Teleno; y a 1.700 m. al NO de Filiel, la llamada “Piedra de la Medida”, que podría ser un ara de sacrificios humanos, situada a unos 240 m. al sur de un recinto que conserva restos de una muralla de más de 300 metros de longitud y dos metros de anchura, un castro delimitado por el arroyo Totaniel al sur, La Gándara al sureste, La Laguna de la Chana y el Oceo al norte, y la Vedolina, Peña Vinariega y Cerro Viramontes al oeste. En todo este entorno también se observan numerosas cazoletas.

2. LAS BASES

La construcción de megalitos está vinculada a una etapa de importantes cambios, que comenzó unos 6.000 años a.C.: la llamada “revolución neolítica”, en la que se desarrolla la agricultura y la ganadería, y que trajo consigo la sedentarización y la estratificación social. La observación del fenómeno, inexplicable para el hombre primitivo, de que las semillas se caen al suelo y originan nuevas plantas, que reproducen el ciclo vegetal a través de un período, condujo a la siembra intencionada, que pasó a ser la base de la alimentación. Así, los grupos humanos se fueron haciendo sedentarios por la seguridad de su suministro y de esta manera la población fue aumentando cada vez más en un mundo lleno de abundancia y estabilidad. Cuando un grupo humano se hace sedentario, su forma de vida y sus relaciones cambian mucho y muy rápidamente. Estos cambios tienen que ver con el reparto del trabajo, la especialización en la fabricación de utensilios y la redistribución de bienes y servicios. Es probable que en las primeras fases del Neolítico europeo ya existieran sociedades agrícolas gobernadas por jefes de aldea.

La aparición del Neolítico en la Península Ibérica se inició en la franja costera mediterránea, desde Cataluña hasta Andalucía y Portugal Meridional; en las restantes áreas peninsulares las transformaciones culturales fueron más tardías y con particularidades diferentes, y se incorporaron a la economía neolítica con mayor lentitud, dependiendo de las posibilidades de contacto que tuvieran con las regiones litorales. Así, en la zona Noroccidental de la Península esta cultura no aparece, según algunas teorías, hasta el III milenio a.C., aunque algunos autores datan ciertos megalitos peninsulares neolíticos en el IV milenio a.C.

En este periodo se consolidan las bases de la religión animista, que identifica los fenómenos de la naturaleza con la voluntad de los espíritus o dioses, y se mezclan distintas formas de espiritualidad relacionadas con los fenómenos naturales y el culto a los muertos. La agricultura influyó de manera muy poderosa en las ideas religiosas: cobró capital importancia el culto a la fertilidad y se adoraban fuerzas naturales relacionadas con el cultivo de la tierra, como la lluvia, el sol y las estrellas. En el culto había sacrificios humanos, verdaderos o figurados, que simbolizaban en muchas ocasiones la muerte (siembra)

del grano y su resurrección (la planta que nace de la semilla). Los espíritus de los ancestros se consideraban como cooperadores en la germinación de las plantas cultivadas, y la tierra donde reposaban los muertos, como el suelo del cual debía brotar cada año, mágicamente, el sustento alimenticio de la comunidad. El culto a los antepasados, cuyos espíritus se reconocían siempre presentes y participaban en las ceremonias, parece crucial en esta nueva época. Las ofrendas podrían servir tanto para apaciguar a los difuntos como para garantizar su ingreso en el reino de los muertos. Los sacrificios, incluido en ocasiones el canibalismo de individuos (puede que de tribus enemigas), eran acontecimientos importantes en todas las sociedades neolíticas y llevan a pensar que la agresión era considerada necesaria para poder garantizar la continuidad de la existencia, y que todo ello formaba parte de las ceremonias religiosas.

Desde el punto de vista artístico, estas creencias darán pie a la aparición de múltiples formas de amuletos, ídolos, símbolos sagrados... y de los primeros monumentos funerarios. Hacia el año 5.000 a.C. aparecieron los primeros campos de enterramientos en el sur de Escandinavia. Unos siglos después, en Irlanda, tienen lugar enterramientos más complejos con piedras sobre los difuntos: comenzaba así la era de los megalitos, que se distribuyeron por toda Europa occidental, tanto en la costa atlántica como en algunos puntos del Mediterráneo. Se dice que los portadores de la cultura megalítica procedían del Este, pero el apogeo de la misma se dio en el Oeste.

La forma de megalito más simple es el *menhir*, que está compuesto por una sola pieza de piedra, alargada y clavada verticalmente sobre el suelo; tienen una altura variable y, a veces, aparecen colocados en filas, formando alineamientos, lo que se ha interpretado en relación con la existencia de un campo sepulcral o con el culto al sol, ya que están orientados en dirección Este-Oeste. Los más famosos son los de Carnac, en Bretaña (Francia). Cuando los menhires se agrupan en círculo, formando uno o varios anillos concéntricos, el conjunto se denomina *crómlech*. Una forma más compleja es el *dolmen*, que es una construcción cubierta, con varias piedras laterales que sostienen, al menos, una horizontal. La Península Ibérica es, junto con las islas británicas y Francia, uno de los lugares de Europa en los que más abunda el megalitismo. Toda la zona

Atlántica, Andalucía y buena parte del interior son territorios con dólmenes variados, tanto por su tipología como por su cronología, pero apenas se conservan en España menhires o crómlech.

Los megalitos han sido mencionados en los textos más antiguos. Diodoro de Sicilia, historiador griego del siglo I a.C., en su Biblioteca Histórica, libro II, dice: "*...Más allá de la Céltica, en un océano, hay una isla que no es menos grande que Sicilia. Esta isla, situada al Norte, está habitada por los hiperbóreos, llamados así porque viven más allá del punto desde el que sopla Bóreas (los Alpes)... Los insulares veneran particularmente a Apolo... En esta isla también se ve un vasto recinto dedicado a Apolo, así como un magnífico templo de forma redonda y ornado con numerosas ofrendas... Apolo pasa para bajar a esta isla cada diecinueve años. Es también a finales de este período cuando los astros están, después de su revolución, de regreso en su punto de partida...*". La isla a la que se refiere el relato es Gran Bretaña, y el templo circular dedicado a Apolo se interpreta que es el crómlech de Stonehenge. También Geoffrey de Monmouth (1110-1154), en su *Historia Regum Britanniae*, inspirada en antiguas leyendas célticas, narraba cómo Merlín el Mago, a instancias de Aurelio Ambrosio, que le pidió que levantara un monumento imperecedero para conmemorar la muerte a traición del anterior rey celta Vortigern, le dijo: "*Ve a buscar El Baile de los Gigantes, que está en Killarus (Kildare), una montaña de Irlanda; son grandes piedras que poseen cualidades maravillosas. Si pudiesen ser colocadas aquí, en círculo sobre este terreno (alrededores de Amesbury), permanecerían eternamente*". Para mover las piedras, tuvo que intervenir el propio Merlín, que las levantó mágicamente y facilitó su transporte a Inglaterra. En el lugar elegido se alzaron otra vez, según la misma disposición que tenían en Killarus.

Las construcciones megalíticas implican la existencia de grupos humanos grandes y organizados, dadas las enormes dimensiones de los bloques de piedra con los que están contruidos. Todo el enorme esfuerzo necesario para erigir este tipo de monumentos apunta hacia una densidad de población y organización social muy superior a la de una simple aldea o tribu aislada, con una autoridad y una jerarquía claramente establecidas, una división y especialización del trabajo, y

una gran cantidad de obreros que estuvieran dispuestos a obedecer a pesar del gran esfuerzo y tiempo invertido.

La principal función de los megalitos era la funeraria, puesto que servían mayoritariamente de enterramientos colectivos; en este sentido, las construcciones megalíticas presuponen la idea de la supervivencia del espíritu. Sin embargo, una necrópolis megalítica era un espacio complejo, en el que muy probablemente se desarrollaban actividades de variado cariz y de finalidad no exclusivamente funeraria; por ello, las construcciones megalíticas pudieron ser también centros de significación religiosa. Es posible que algunos menhires y crómlech sirviesen de señalización de los lugares de reunión de los distintos clanes. Ciertos menhires parecen señalar cruces de caminos, e incluso se especula con la posibilidad de que los megalitos fueran marcadores de zonas de gran energía "telúrica", como ocurre en el caso de las alineaciones de menhires de Carnac. Además, los estudios de Arqueoastronomía han añadido un sentido calendárico-astronómico a estos monumentos, algo que no deja lugar a dudas en el dolmen de Newgrange o Stonehenge.

El paisaje o lugar donde estaban enclavados los megalitos era muy importante: no se encuentran dispersos al azar sino en torno a lo que debieron ser montañas y valles "sagrados". La montaña sagrada es un símbolo con carácter universal. Ha sido considerada históricamente la residencia de los dioses, un lugar de revelación o de oración y el eje del mundo, que une lo terrenal con la esfera de lo celestial; en cualquier caso, es una de las más importantes manifestaciones de lo divino. Los dioses suelen morar sobre las cimas de las montañas consideradas sagradas, como el monte Olimpo en la tradición griega. La montaña se asocia también a los fenómenos atmosféricos y especialmente a sus manifestaciones más vistosas: el rayo y el relámpago, y los dioses que moran en ella son los portadores de tales instrumentos divinos. Constituye un espacio sagrado, el cual puede estar o no acompañado de un templo: la montaña es en sí misma un símbolo del templo, del mismo modo que el templo, cuando se expresa como un túmulo u otras formas arquitectónicas, simboliza la montaña sagrada. Por otra parte, la cima de los montes era el lugar idóneo para la realización de los sacrificios.

Si el sitio sobre el que vivían era importante, no cabe la menor duda de que la bóveda celeste, suspendida permanentemente sobre sus cabezas, tuvo que servir también de fundamental referente espacial y temporal. En el cielo se producen la mayoría de los fenómenos decisivos para la supervivencia: de él viene la luz y la oscuridad, el frío y el calor, la lluvia o la ausencia de ella, y por esta razón muchas de las culturas prehistóricas ubican en el cielo el origen de todos los acontecimientos que superan el control humano, así como la morada de los dioses o de otros seres sobrenaturales. La forma o disposición de los monumentos megalíticos sorprende por los conocimientos que revelan en materia astronómica: los vestigios que han llegado hasta nuestros días han demostrado que las piedras no están en círculo o filas porque sí, sino que cada una de ellas está colocada siguiendo un patrón y orden preestablecido. Tanto el Sol como la Luna fueron claves para establecer la orientación de estos monumentos, y también las estrellas, pues el agricultor neolítico necesitaba saber cuándo debía sembrar el grano, cuándo debía recoger la cosecha, cuándo debía podar, etc.: se fijó en las primeras estrellas que veía salir por el horizonte una vez llegada la noche, y también en las últimas en salir antes de la llegada del Sol, y observó que en distintas épocas del año estas estrellas eran distintas, y que esto le podía servir de calendario para fijar una fecha. Así determinaba también cómo debía ser construido el megalito, en referencia exacta hacia quién o qué estaba consagrado.

Vinculado a las construcciones megalíticas también se desarrolló el llamado arte megalítico, un arte particular con grabados, hachas, cruces, estelas, ídolos, estatuas... Aunque existe tradición de grabados desde el Paleolítico Superior, es a partir del Neolítico cuando se inicia en el Noreste y en la zona atlántica de la península ibérica un arte al aire libre de grabados sobre granito, cuarcita y pizarra: son los petroglifos, grabados rupestres realizados por antiguos pobladores utilizando la técnica de incisión o del picado con objetos de piedra o metálicos puntiagudos. Desde hace unos años prácticamente todos los autores están de acuerdo en asumir una cronología larga para el arte megalítico, que abarcaría desde el Neolítico hasta la Edad del Hierro. Su permanencia prácticamente sin alteraciones durante dos milenios habla de la existencia de una

ideología aplicada a la relación del mundo de los muertos con los vivos que iguala bastante el fenómeno funerario megalítico y que, incluso, permite plantear la relación evidente entre todas las manifestaciones occidentales, ya no sólo desde un punto de vista exclusivamente arqueológico.

El arte megalítico es un distintivo: sólo aparece en determinados sepulcros, sin tener relación con las fechas de los mismos. Es posible que en el conjunto de la necrópolis un monumento represente al grupo, pues en él se entierra la línea originaria del conjunto social o los personajes más importantes del mismo. En estas sepulturas se incluye la representación gráfica de la mitificación del paso de la vida a la muerte, la figuración de los antepasados o de los dioses de dicho conjunto, aludiendo a una idea de continuidad, de permanencia más allá de la muerte con una finalidad evocadora, reincorporando simbólicamente de esta manera los difuntos a la vida. Los sepulcros que se sitúan a su alrededor no necesitan reiterar esta idea.

Los petroglifos suelen estar grabados sobre peñas horizontales y no en verticales, ya que es más fácil trabajarlos en el suelo. Las representaciones más frecuentes son de carácter esquemático, semiesquemático, geométrico y abstracto, así como cazoletas y motivos circulares, siendo más raras las expresiones figurativas. El alto grado de abstracción conceptual de los motivos representados dificulta en gran medida su descodificación. Según algunos autores, los petroglifos son verdaderos santuarios de carácter mágico-religioso: con frecuencia y en distintas épocas se reunirían allí los individuos para facilitar las actividades de caza y agricultura. Al mismo tiempo marcan un espacio liminar que significa la frontera entre fuera y dentro del espacio funerario global.

3. LAS HIPÓTESIS

El punto de partida de cualquier estudio sobre restos posiblemente neolíticos debe pasar inexcusablemente por la consideración de que toda la vida de los pueblos prehistóricos estaba condicionada por los ciclos naturales del cosmos (solares y lunares fundamentalmente), por el cambio de las estaciones, los periodos agrícolas, los fenómenos meteorológicos y por la muerte. Es necesario

dejar de lado todos los conceptos aprendidos (científicos, tecnológicos, culturales, etc.) y centrarse únicamente en los aspectos básicos e imprescindibles para la supervivencia, tanto desde el punto de vista material como espiritual: las sociedades primitivas ordenaban su mundo alrededor de la satisfacción de las necesidades básicas y de pervivencia del individuo y la especie. Todos estos hechos determinaban las creencias, las costumbres y, en definitiva, el modo de enfocar la existencia de estos grupos humanos. En este sentido, el punto de vista popular estaría más capacitado para comprender culturas no científicas y sociedades campesinas que nuestra propia visión.

Existe una serie de hechos innegables, que hemos intentado describir de la forma más objetiva posible en el primer apartado de este trabajo. En primer lugar, tanto las grandes piedras que conforman la Piñona como las grabadas con petroglifos son de una naturaleza distinta a la peña que aflora en el lugar (y todas ellas tienen las mismas características), lo cual sugiere que fueron transportadas ex profeso hasta ese paraje. Además, estos megalitos están trabajados en su forma y en su superficie. Estos datos nos llevarían en la noche de los tiempos al momento en el que unos hombres, movidos por un sentimiento común, unieron sus fuerzas para construir un espacio que hubo de tener gran significación para ellos. En segundo lugar, en toda la zona se observan canales labrados en la roca que, si bien cabe la posibilidad de que hayan sido trabajados en épocas posteriores (algo que deberán dilucidar los estudios arqueológicos), son claramente artificiales y debían tener una función. Dadas las características del paraje en que se encuentran, dicha función sólo tendría sentido si los canales son coetáneos de los megalitos. En tercer lugar, el muro que rodea la Piñona por su cara norte no parece estar relacionado con usos agrícolas o ganaderos en una zona no apta para labores de este tipo, y además su factura es muy tosca; con todo, aquí vuelve a surgir la duda de su datación. Por último, en los alrededores del lugar existen alineamientos de piedras claramente artificiales y con un fin difícil de imaginar fuera del contexto megalítico.

La hipótesis que planteamos es que todas las estructuras artificiales del entorno de Canredondo descritas son coetáneas y

forman en su conjunto un santuario rupestre que se puede datar entre el Neolítico y la Edad del Hierro, un lugar de culto en el que se realizarían todo tipo de ceremonias colectivas relacionadas con la fertilidad (de la tierra y de la mujer), el paso de las estaciones, la buena suerte en la caza, los ciclos solares y lunares (solsticios, eclipses, luna nueva...), la muerte y, en definitiva, con la supervivencia del grupo. Así, la Piñona sería el “retablo” que presidiría todo el santuario, posiblemente marcando el lugar de los enterramientos, situado en el eje donde comienza el semicírculo que remata el contorno del “recinto” sagrado por el norte; mientras que el extremo sur estaría “cerrado” por un escalón marcado por un afloramiento de roca sobre el que están los petroglifos, que serían una especie de “altares” para ofrendas o sacrificios.

Esta hipótesis se apoya, en parte, en la presencia de los petroglifos. Seguramente estamos ante los restos más interiores de este tipo de representaciones y de vestigios en la Península Ibérica, ya que sólo se habían encontrado hasta el momento en zonas costeras, fundamentalmente en Galicia, por lo que parece que estarían relacionados más con elementos culturales que geográficos (como la cercanía del mar). Pero el hecho que hace de este conjunto un lugar excepcionalmente revelador es la posición de los *altares* con los petroglifos (sólo visibles, por cierto, cuando el sol está bajo en el horizonte): uno hacia el amanecer y otro hacia el ocaso, además con espectaculares diferencias morfológicas entre ambos en lo que se refiere a los grabados que en ellas aparecen, circunstancia que parece sugerir funciones diferentes.

El *altar* orientado hacia el Este es el que presenta, entre otros signos, decenas de cazoletas y la posible vulva. Ya se ha mencionado que en las primeras religiones el Sol tenía un significado de padre fertilizador, pues su luz y su calor hacen germinar las semillas y madurar los frutos, hecho de trascendental importancia para unos hombres que acababan de descubrir la agricultura, lo que les permitió hacerse sedentarios. Así, es muy fácil sospechar que este altar fuese utilizado para realizar ofrendas al “dios” Sol a fin de que fecundara la tierra y la hiciera fértil, lo que se vería apoyado por la presencia de lo que podría parecer un falo y una vulva, que no se pueden asociar simplemente a un símbolo sexual, sino que representarían la

receptividad de la tierra y su poder generador de vida y frutos. Es muy posible que en las ceremonias de culto al sol naciente que, sin duda, se realizaban en este lugar prehistórico, se llevaran a cabo ofrendas incruentas de semillas, frutos, leche, etc. que serían depositadas en las cazoletas, además de otros rituales que desconocemos. Naturalmente, podemos adivinar que estas ceremonias tendrían lugar al inicio del calendario agrícola, coincidiendo con la siembra de los campos, y también en la época de las cosechas y la recolección de los frutos (habría que estudiar, pues, la disposición de las cazoletas y compararla con la de las estrellas en distintas épocas del año...). El sol, como padre, ilumina y fertiliza con su luz y calor las semillas, que asegurarán una buena cosecha y la supervivencia del pueblo. Este altar, pues, orientado a la mañana, recoge la fuerza y el poder del Sol. La simbología de los elementos cruciformes y los círculos concéntricos con cazoletas en el centro (posibles referencias al sol y a la posición de las estrellas en el firmamento) apoya también esta hipótesis.

El otro *altar*, inclinado hacia el ocaso, muestra apreciables diferencias morfológicas con respecto al anterior, la más llamativa de las cuales es la casi total ausencia de cazoletas. Sin embargo, sí presenta, al igual que el otro, laberintos. Estos signos podrían tener un significado relacionado con la idea de eternidad: el ciclo solar que se repite constante y periódicamente. Esto explica que estos símbolos se encuentren representados en los dos altares. Pero la práctica ausencia de cazoletas anula la posibilidad de que sobre esta piedra se realizaran ofrendas de frutos o semillas porque la propia inclinación del altar lo impide. Lógicamente debemos pensar que, en el caso de realizarse algún tipo de acto religioso sobre este altar, las ofrendas serían de sangre. El sentido que podemos intuir para esta piedra es, pues, de veneración o acción de gracias al Sol que muere, al que evidentemente hay que rogarle que vuelva al día siguiente. El ocaso del Sol significaba frío, oscuridad y, en último término, muerte, por lo que aquí se llevarían a cabo todos los rituales relacionados con ella. Al Sol del atardecer habría que “alimentarlo” a fin de que tuviera fuerza para volver a salir; el “alimento” más poderoso sería, sin duda, la sangre, que contiene el principio vital. Este altar, por tanto, devolvería al Sol la fuerza en un acto tanto de acción de gracias como para asegurarse la

vitalidad que le permite continuar su ciclo. Todos estos rituales estarían relacionados con el misterio de la aparente muerte de las semillas en la tierra y su renacimiento y transformación en nuevos frutos, ya comentados.

En la cabecera del supuesto santuario rupestre nos encontramos con el monumento que lo preside: la Piñona, un enorme conjunto de grandes piedras superpuestas y encajadas unas sobre otras, con planta alargada, de posible uso funerario o relacionado con el culto al Teleno. Las dimensiones del “recinto” y su orientación, de cara al Teleno, nos hacen pensar en un centro religioso en el que se podría haber asociado la idea del dios Sol, que se oculta y muere tras la montaña, con la de la divinidad de la propia montaña, residencia nocturna del Sol. Incluso la silueta de la Piñona, desde algunas perspectivas, puede recordar a la del Teleno ¿Quisieron recrear el monte que para ellos era sagrado y crear una imagen de su dios más próxima y visible aun en los días de niebla? Este carácter divino de la montaña se mantuvo entre los astures primero, los romanos después y casi se puede decir que ha llegado hasta nuestros días, cuando muchos habitantes de la zona sienten aún veneración por el Teleno.

De este gran monumento (¿posible túmulo?) parten unos canales que, al menos en el lado noroeste, desembocan en una especie de piletas también practicadas en la roca que servirían para almacenar el agua de lluvia que fluyera desde el conjunto rocoso (así sucede actualmente) y que, dada su procedencia, sería utilizada en ceremonias asociadas a ritos de paso u otros similares y que tal vez podrían incluir abluciones, inmersiones... ya que, de algún modo, esa agua tendría un claro carácter sagrado. Según testimonios de habitantes de la zona, hasta hace no mucho tiempo también podía verse allí mismo un dolmen (“una gran piedra plana, como una mesa, calzada sobre otras dos”) con su cara superior perfectamente lisa y horizontal, que fue rota y volcada en labores de repoblación forestal. Podemos aventurar que estas grandes rocas, algunas de ellas tal vez caídas o movidas por el paso del tiempo, los movimientos telúricos o la acción del hombre, tuvieran algún punto de referencia que podría coincidir con alineaciones del Sol en días especiales como solsticios o equinoccios. En cuanto a las cuñas, serían señales que se han utilizado secularmente como referencias de las arcas divisorias entre los

distintos pueblos, pero nos queda la duda acerca de la época de su origen y funciones.

Por lo que respecta a las “construcciones” que, según testimonios de los naturales de Lucillo, había en todo el lugar, es lógico pensar que se trataba de estructuras integrantes del complejo prehistórico, ya que no hay otra explicación que justifique usos agrícolas o ganaderos por las propias características del terreno en que se hallaban. Su traslado a otros lugares del pueblo y alrededores tuvo lugar a lo largo de los siglos XIX y XX, y ello justifica que hoy día podamos observar rocas con similares características (cazoletas...) en algunos pueblos del entorno, como Lucillo, Filiel..., aparte de otras con evidentes signos de haber sido trabajadas, que se encuentran diseminadas en parajes cercanos y formando también parte de sebes y otros elementos como marcas de términos y lindes de fincas, caminos... Hay que apuntar la posibilidad de que estas construcciones tuvieran alguna orientación especial en relación con fenómenos astronómicos, al igual que las hileras y círculos de grandes piedras moralizas que todavía hoy pueden verse.

Lógicamente, todos los restos que se pueden apreciar, más los que hubo y de los que únicamente nos quedan noticias, y el enorme trabajo que sin duda supuso su construcción, nos llevan a pensar en la presencia de un grupo humano numeroso y organizado, cuya zona de habitación estaría situada no demasiado lejos del complejo religioso-funerario, probablemente en el cercano castro de Sanamede, ya que los petroglifos de Canredondo y los del valle del Turienzo están situados ambos a unos 4 km. al sureste y noroeste, respectivamente, de este recinto castreño, y los restos que se han encontrado en este lugar son similares a los que rodean los petroglifos; esto se apoya además en la existencia de teorías científicas que asocian también los petroglifos con marcas territoriales, límites entre zonas de caza...

Estaríamos, pues, ante lo que muy probablemente serían los restos de uno de los primeros emplazamientos, si no el primero y más antiguo, de un centro de rituales y cultos con el referente clarísimo del Teleno, identificado ya como una montaña sagrada; un santuario de la cultura megalítica ibérica destinado a ceremonias, enterramientos y

ofrendas que utilizarían los habitantes de uno o más grupos humanos del entorno para rendir culto al dios y a las fuerzas de la naturaleza y del cielo; para expresar sus deseos y apagar sus temores más profundos reverenciando a la divinidad de todas las maneras posibles y por medio de todas las ofrendas a su alcance; un lugar, en fin, tan lleno de misterios como de interrogantes, donde desde la antigüedad se buscaba la protección de la energía telúrica emanada del propio lugar y de la montaña sagrada. Estos yacimientos, además, vienen a incrementar el número de los vestigios prehistóricos conocidos en el entorno del monte Teleno (Nogarejas, Castrocontrigo, Morla, Tabuyo...), lo que supone que habrá que revisar la presencia humana en toda la zona durante la Prehistoria.

En cuanto a la llamada “Piedra de la medida”, de Filiel, tanto los restos del entorno (el castro amurallado, cazoletas en rocas cercanas...) como la propia morfología del “altar”, nos llevan a pensar en otro lugar de cultos al dios Teleno en la Prehistoria, pero en este caso específicamente dedicado a la realización de sacrificios humanos.

Hasta aquí las conclusiones que se pueden extraer en un primer acercamiento. En cualquier caso, estos lugares ofrecen suficiente información para estudios interdisciplinarios más exhaustivos. Parajes arqueológicos como estos podrían suponer el legado más notable de nuestros antepasados, pues nos permitirán conocer algo más acerca de sus costumbres, creencias, ritos...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO MATTHÍAS, F. y BELLO DIÉGUEZ, J.M. (1997). *Cronología y periodización del fenómeno megalítico en Galicia a la luz de las dataciones por carbono 14*. En O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela (La Coruña).
- BALBÍN BEHRMANN, R. y BUENO RAMÍREZ, P. (2000). “Arte megalítico versus megalitismo: origen del sistema decorativo megalítico”, en: *Muitas antas, pouca gente? Actas do I coloquio*

- sobre megalitismo*. Ed. V.S. Gonçalves, Reguengos de Monsaraz (Portugal).
- BLAS CORTINA, M.Á. (1995). *Destino y tiempo de los túmulos de estructura "atípica": los monumentos A y D de la estación megalítica de la Llaguna de Niévares (Asturias)*. En Primeros agricultores y ganaderos en el Cantábrico y Alto Ebro. Eusko Ikaskuntza, San Sebastián (Guipúzcoa).
- BUENO RAMÍREZ, P.; BALBÍN BEHRMANN, R.; CORDERO GONZÁLEZ, A. (2001). *El arte megalítico como evidencia de culto a los antepasados. A propósito del dolmen de La Coraja (Cáceres)*. Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló, 22, pp. 47-71.
- CERDEÑO, M^a.L.; RODRÍGUEZ-CADEROT, G.; R. MOYA, P.; IBARRA, A.; HERRERO, S. (2006). *Los estudios de arqueoastronomía en España: estado de la cuestión*. Trabajos de Prehistoria, 63, Nº 2, pp.13-34.
- ESTÉVEZ-SAA, J.M.; ARRIAGA FLÓREZ, M.; COUSILLAS RODRÍGUEZ, M.; FERNÁNDEZ ROCA, J.Á. (2005). *Cultura y literatura popular*. Colección Estudios Culturales y Semiótica. Ed. Arcibel. Sevilla.
- FILGUEIRAS REY, Ana I.; Rodríguez Fernández, Tomás (1994). *Túmulos y petroglifos. La construcción de un espacio funerario. Aproximación a sus implicaciones simbólicas. Estudio en la Galicia centro-oriental: Samos y Sarria*. En Espacio, Tiempo y Forma, serie I: Prehistoria y Arqueología, número 7. UNED, Madrid.
- GONZÁLEZ CORDERO, A.; BARROSO BERMEJO, R. (2003): *El papel de las cazoletas y los cruciformes en la delimitación del espacio. Grabados y materiales del yacimiento de San Cristóbal (Valdemorales-Zarza de Montánchez, Cáceres)*. Norba. Revista de Historia, vol. 16, pp. 75-121.